

LOLA Y SU HERMANO

Seudónimo: Gardiner

(Nº 1)

LOLA Y SU HERMANO

Ella me vio el mismo día en que yo nací. Eso nos dice que ella tenía relación con mis ancestros. Después de la explosión del vapor *Cabo Machichaco* (1893) —el incendio más devastador de la historia de nuestra ciudad—, murieron 590 personas y muchos más heridos. Numerosas familias perdieron su casa. Mis abuelos también la perdieron. Fueron a otro edificio, y en el mismo portal y al mismo piso llegó otra familia que también habían perdido su casa. Lola no había nacido todavía. Mis padres, tampoco. Mi abuela me lo contó. Le gustaba contarnos cuentos a los nietos, pero también nos habló de esta desgracia.

Lola era guapa y tenía unos hermosos ojos verdes tostados. Su cara era ancha, contundente, rotunda. Una cara generosa. Una cara que no dejaba lugar a dudas. Los años fueron navegando por ella de la mano del exceso de sol, surcándose con unas vigorosas arrugas, numerosas, simétricas y paralelas —como un catamarán—, pero no dejó nunca de ser guapa. Ella, mi madre y mis tías tenían más o menos los mismos años.

Siempre olía muy bien. Olía a polvos de talco aromatizados. Los que usaban eran fragantes sin agobiar, dulces sin ser pastosos. Eran leves. De modo que olía levemente. Casi etérea.

No se arreglaba nunca nada. Pero nada de nada. Para ella, la ropa solamente tenía la función de protegerla del frío. Siempre vestía igual. Un vestido oscuro de los llamados 'camiseros', de manga corta, en verano; en invierno, el mismo vestido oscuro con una chaqueta —guardaba el pañuelo moquero en la manga ("destilaba", decía)—, y con el mismo abrigo de lana de pelo de camello año tras año. Creo que nunca la vi con otro. Siempre usaba los mismos zapatos. Cuando estaban viejos, compraba otros iguales. Se cortaba el pelo siempre en el mismo sitio, siempre igual. Corto. Liso. Peinado hacia atrás. Toda la vida con el mismo corte de pelo. No tenía ganas de complicarse, decía. Quería estar cómoda. "Menuda matraca", decía de la peluquería..., aunque para ella todo era una matraca. Siendo yo una niña, a veces estaba aburrida porque siempre era la misma. Hace ya muchos años, pensé que cambiar suponía una fuente de estrés para ella.

Lola era obesa. Muy obesa. Iba a la playa casi seis meses cada año. Aunque lloviese. Ella "abría", el balneario de la Concha (que ya ni existe), y después cerraba la temporada en la Primera playa. Siempre en grupo. Mi familia y otras amigas estábamos con ella. Críos y crías, como yo. Los peques pensábamos que cuando se metía en el agua subía la marea. No sabíamos nada del principio de Arquímedes, pero sabíamos que si metíamos algo en un vaso lleno de agua, el agua de salía. Aunque no sabía nadar, daba mucha seguridad agarrarse a su mano cuando las olas amenazaban con tirarnos..., la

aprovechábamos como si fuese una boya... amorosa. ¡Muy amorosa! Y es que, entre los embates del Cantábrico en las orillas, ella era, a veces, como una roca, sólida y firmemente anclada al fondo del mar; otras, en cambio, se comportaba dejando mecerse dulcemente por el agua. Así que a veces el agua la acunaba.

No le importaba estar más o menos rolliza y se defendía de los sinsabores y de la tiranía de la báscula con una estrategia tópicamente más propia del avestruz: no sabía lo que pesaba. Lo sabía su hermano, lo sabía su médico. Ella había decidido vivir en esa ignorancia, en ese desconocimiento. Esto que parece extraño, no lo es tanto si consideramos que ella vivía ausente, omisa de sí misma, y no exclusivamente de su cuerpo: no solamente no sabía lo que pesaba, tampoco sabía si estaba o no enferma. Acudía, eso sí, con regularidad al médico, y después de reconocerla, el galeno informaba a su hermano de todo lo relativo del diagnóstico, pronóstico y tratamiento. Éste, a su vez, mandaba a Lola a la farmacia a comprar las medicinas y le explicaba en casa cómo y cuándo tomarlas. También se negó a aceptar evidencias tan rotundas como la existencia de cualquier forma de sufrimiento o la misma muerte, que siempre fueron tratados por ella de un modo un tanto eufemístico. Valga, como ejemplo, la afirmación que hacía de que su padre no murió de una enfermedad, sino de gases. Lola se cruzaba de acera cuando pasaba cerca de un hospital. Quería poner tierra por medio. Fue una pena que, al final, las últimas horas de su vida fuesen a transcurrir en uno. Porque murió inmovilizada a la cama de una UCI. La inmovilizaron porque se tiraba al suelo. Se tiraba al suelo porque quería irse. Supongo que huía de la muerte como alma que lleva el diablo.

Lola no supo cuánto dinero tenía, ni a quién votaba. Sabía lo que su padre le dijo antes de morir que tenía suficiente para vivir sin trabajar. Y ni trabajó nunca ni se preocupó ni de averiguar ni de gestionar lo que tenía. Su hermano lo hizo por ella. Como toda su vida siguió siendo cierto lo que le dijo su padre y nunca tuvo que dar un palo al agua para comer, debió de considerar que la verdad de su progenitor tenía muchos ceros o que su hermano lo hacía bien, así que vivió desocupada también de sus finanzas, que no hubiesen dejado de ser, de haber sido para ella, otra matraca. Todo su entorno fue peculiar, incluso antes de nacer. Sus padres eran doblemente primos carnales y sus abuelos paternos y maternos, hermanos y hermanas entre sí, es decir, dos hermanas se casaron con otros dos hermanos, y unos tuvieron un hijo y los otros una hija que, a su vez, casaron entre sí. Estos nuevos vástagos, primos ya dobles: —don Salvador, su padre y doña Blanca, su madre. Ésta, de un aspecto tremendamente adusto y severo y una hermosa amenazante voz de contralto, a la que recuerdo perfectamente—. (Yo no llegué a conocer a su esposo). Así las cosas, doña Blanca y don Salvador tenían —claro está— los apellidos repetidos, en un alarde de endogamia casi histriónico que me costó más de una fatiga intelectual infantil: si yo contaba hasta ocho apellidos míos y eran todos distintos, no entendía cómo los de Lola podían no solamente repetirse, sino hacerlo de tan cadenciosa manera. Y es que Lola se apellidaba Gómez Sánchez Sánchez Gómez Pérez López López Pérez. Los apellidos de Lola tenían la rítmica regularidad de dos cuartetos.

Su hermano tenía una cara imponente, de amplias facciones muy marcadas y, después, ya octogenario, coronada por unas cejas tajantes, decisivas, que daban sombra a sus ojos, también entre verdes y tostados, como su hermana. Tenía una voz grande, densa y sonora; de coloratura oscura, grave y estruendoso brillante que todo lo llenaba. Una voz atemorizante. ¡¡Y un bello clamor de voz!! Le gustaba mucho el latín, y buena prueba de ello dio el día en que su madre murió. Rezaba, Salvador, echaba jaculatorias, se daba golpes de pecho, evocaba a la que le dio sus días, lamentaba su pérdida, recordaba a los presentes la gran mujer que había sido, la digna nobleza de aquella madre muerta... y todo ello en la lengua de Cicerón. Lloraba en latín. Lamento en lengua muerta.

Era un hombre más activo que Lola y había cultivado alguna forma de realización personal. Pero más frío, más distante. Le gustaba escribir. Así que lo hacía, con caligrafía personal y original, equilibrada y bella. No desperdiciaba ocasión de agarrar la pluma, porque, además de escribir, le gustaba proyectarse al exterior exhibiendo sus escritos.

Cuando yo empecé a amar la música barroca, al inicio de mi adolescencia, le pedí ayuda. ¡¡¡Y me proveyó de tanta música...!!! Me lo grababa. Se lo agradecí siempre y para siempre. Se lo debo. Él tenía una colección de discos de vinilos impresionante. Nunca he visto otra tan espléndida. Y un picú, encastrado en un mueble inmenso de madera maciza. ¡Cómo se oía!, yo nunca había tenido acceso a nada que sonase tan bien, me sentía en el cielo oyendo a Bach, Händel, Purcell, Vivaldi, Rameau... ¡mi Monteverdi!. Además, como a Salvador le gustaba hablar, hablaba. Su voz era bella, ya lo ha mencionado.

Lola no vivió ninguna forma de realización personal, ni nada parecido. Cuidaba a su madre y a su hermano por delegación materna, en vida de ésta. Así que su tarea consistía en atender a su madre sobre todas las cosas —*qué quiere usted, madre*—, ir a comprar jamón de york para la cena, bajar por la mañana con una bolsa muy grande de tela de cuadros *vichy*, que se cerraba con un lazo corredizo, que llevaba la palabra *pan* bordada con letras muy grandes, recoger los calzoncillos de su hermano que Juanita —la criada (que ellos usaban esa palabra) lavaba y planchaba—. En verano, iba a la playa mientras Juanita estaba en la casa.

Cuando yo nací ya tendría ella entre 30 o 35 años... Creo que nunca tuvo novio, ni formal ni informal. Decían mis mayores —aunque no querían ser demasiado explícitos y rodeaban el tema de un secretismo exasperante— que Lola quiso ser monja, y lo intentó, y se fue al noviciado, pero no soportó la soledad de la celda, ni la ausencia de su madre, ni cómo sonaban en las paredes del convento los truenos de las tormentas, ni la disciplina, ni la pobreza..., así que su madre fue a buscarla y la trajo otra vez a casa, y ahí debieron de acabarse todos sus intentos de tomar algún tipo de decisión autónoma respecto a su propia vida. Yo no sé si su madre la protegió tanto porque era una hija débil, pero me inclino a creer lo contrario: se debilitó de tanto ser protegida, tanto resguardo materno acabó perpetuando la necesidad de Lola de amparo protector. Doña Dolores era una mujer autoritaria,

dominante. Yo la traté poco. Pero la traté. La tenía mucho miedo... Hoy me gustaría saber más de ella para entender el curioso sistema familiar que constituyeron.

Lola y Salvador no conocieron nunca las penurias económicas, ni sus progenitores tuvieron angustias por llegar a fin de mes pudiendo llenar la andorga de su prole. Eran ricos. Tuvieron lo que quisieron. Compraban y aspiraban a comprar "lo mejor", o, más aún, "lo mejor de lo mejor". Eran cosas tan buenas que les daba pena estropearlas, así que o no se usaban y lo guardar en una caja o lo dormían eternamente en la caja de seguridad de algún banco. Tenían joyas que no lucían, ropas que no vestían, y otros bienes materiales que no utilizaban. Tenían joyas, tenían ropa, sí. Pero no lo destinaban al uso, al disfrute. Salvo que disfrutasen del hecho de poseer en sí mismo, un placer secreto, de disfrutar a puerta cerrada, en la intimidad de la alcoba. Pero se sabían y se sentían ricos, y siempre que podían establecían relaciones en las que trataban de dejar claro su estatus superior. Ellos, por ejemplo, no tenían empleados, tenían criados. Y ése era el término que usaban, tanto para referirse a la mujer que hacía las labores de la casa como para referirse a los trabajadores de sus empresas. En el colmo de la ruindad o la tacañería, Lola devolvía cada año, después de las navidades, el turrón que les había sobrado a la confitería donde lo compraba. Ignoro la cara que pondría la dueña, a la que también conocí —de toda la vida, porque su confitería estaba al lado de nuestra casa—, pero sé que, también año tras año, le devolvía el dinero. Lo que sí hacían muy bien, sin embargo, era viajar, en un afán de conocer, cuando poca gente viajaba. Viajaban por España, viajaban por Europa. Tenían coche cuando pocos lo tenían. Y tenían chófer. Era impensable que el padre condujese, ni que condujese el hijo.

No comían como los demás. En aquella casa no entraban las legumbres, las patatas, el arroz...; era habitual la langosta, las angulas, las cigalas, la merluza de anzuelo...y el jamón de york de La Negrita. Todas las noches cenaban jamón de york de *La Negrita*. Siempre. Lola fue casi todos los días de su vida, —desde que tuvo edad para ir a la calle sola—, a *La Negrita*, a comprar jamón de york para cenar. *Mi hermano Salvador es un forofo de este jamón*, decía. Y es que su hermano, Salvador, era la medida de todas las cosas de Lola. Salvador cuidaba a Doña Blanca y a Lola siendo el hombre de la casa. Hasta sólo él enchufaba cualquier cosa que tuviese electricidad, incluso la lámpara de la mesilla de cada dormitorio.

Cuando su madre murió, Lola entró en pánico. Un pánico largo que no tenía nada que ver con el que sentía cuando había tormenta. Ahora era la mujer de la casa, y si oía un trueno se marchaba de casa corriendo a casa de alguna vecina, o a las tiendas de la calle, o a buscar a un guardia, a donde fuese con tal de no estar sola, sin importarle si dejaba la puerta abierta o la comida en el fuego. No. La sensación ahora era incesante, mantenida, progresiva... Entró en un estado de pavora del que no podía huir, del que no tenía escapatoria, y acabó de convertirse en el ser más atrozmente dependiente que nunca he conocido. En aquel tiempo, lloraba. Lloraba de angustia, de soledad, de abandono de sí, de tristeza, de vacío, lloraba porque su hermano era todo para ella, pero no podían hablar, porque no tenían nada

que decirse. Él empezó a hacerle cada mañana una lista de las cosas que podía hacer para llenar los días, los sitios a los que podía ir y por dónde ir dando un rodeo, para que le ocupase más tiempo. Todas ellas de escasa utilidad práctica. Salvador habló a mis padres para que la invitarla alguna tarde. Desde esa tarde, no falló. Todos los días venía. En nuestra familia éramos muchos, mis padres y unos cuantos hijos. Además, venían primos casi todos los días, tíos, amigos... Mis padres la acogieron todos los días, y Lola estaba encantada con tanta gente, gente que hablábamos, que jugábamos, que cantábamos... Pienso que en esos años que vino a nuestra casa cada día fue su mejor tiempo. Se le veía en la cara.

Lola murió como había vivido. Se cayó en la calle y cayó hacia atrás. Le dio tiempo a pedir que avisasen a su hermano. A partir de ese momento, empezó a perder la razón, bien porque le invadió la muerte de repente o bien porque entró en pánico, en el más atroz de todos sus pánicos, al verse en un hospital. Su agonía duró poco o mucho, según con qué se compare. Murió al nacer la luz del siguiente día. No quise verla muerta, pero oí decir que su cadáver sudaba. Nunca tuvo televisión en color, pese a que, durante al menos quince años, su hermano le regaló cada año dinero por reyes para comprarla. Pero siempre, inducida, también, por su hermano, el dinero volvió al banco el siete de enero, porque esperaban que en Alemania perfeccionasen un sistema de color en el que estaban trabajando, así que a su muerte dejó en el banco unas buenas pesetas sólo de televisiones que no había disfrutado. Fuimos a hacernos cargo de su armario porque su hermano nos lo pidió. Había vestido siempre con un pobreza casi extrema, y suponíamos que encontraríamos sus escasos trapos para llevar a alguna institución benéfica o directamente a la basura, que era lo más probable, pero encontramos un armario lleno de ropa buena, sin estrenar, guardada tal como salió de la tienda, con cajas, etiquetas..., y de tallas mucho más pequeñas de las que Lola hubiese necesitado. Las joyas que tenía no estaban en casa. Dormían en la caja de seguridad de algún banco. No le sirvieron nunca para embellecerse. Había comido bien. Se llevaría para el otro barrio, como bagaje afectivo, al amor de una madre posesiva, el recuerdo de los baños de mar; el olor de la sal y del sol y el yodo de sus veranos, y el reflejo de la luz; los cuidados de un hermano que era demasiado intelectual para hablar siquiera con ella; el recuerdo, tal vez, de algún viaje, o de la emoción que sintió en aquella audiencia con el Papa; y supongo que el recuerdo de mi familia —incondicional, desde luego—, y de aquel día de Reyes que, por primera vez, dejó a su hermano solo y compartió mesa con nosotros. Después de comer, lloraba diciendo que era el mejor día de su vida, emocionada de estar entre tanta gente, con tantos críos alrededor corriendo, contentos con sus regalos, y nosotros hablando alto, hablando todos al tiempo, quitándonos la palabra unos a otros, como siempre, y nos pidió que la invitásemos a partir de entonces, cada año, el día de Reyes, y lo hicimos, y Lola encontró una actividad placentera en su vida, y empezaba en septiembre a ir de tiendas, para comprarnos un regalo a cada uno para ese día...

El recuerdo de mi familia, y el mío, que —entre el cariño y la conmisericordia—, quisimos a aquella mujer indiscreta, curiosa, aburrida, que torcía el morro y decía, con tanta frescura como descaro, sin cortarse un pelo,

aquel odioso *pero, niña, a qué te andas* cada vez que lo consideraba oportuno. Pero también fue muy amorosa.

Su mayor esfuerzo, tal vez el único, consistió en mantener el ambiente invariable, constante, inmutable, persistente, permanente, inalterable...

Sirva esta historia triste como prueba de mi afecto, una de esas ternuras ancladas en la infancia y va más allá, como los villancicos que tarareamos, y sirva, por último, como evidencia de que también las personas raras despiertan en otras formas de simpatía, independientemente del modo inhabitual que ejerzan.

Yo la quise. Mucho. Mi familia, también. Han pasado muchos años, muchos, pero hablamos mucho de ella.